

CARLOS VÁSQUEZ T.

EL LIBRO DE SANTIAGO

CARLOS VÁSQUEZ T.

EL LIBRO DE SANTIAGO

EL LIBRO DE SANTIAGO

© Carlos Vásquez T.

EL LIBRO DE SANTIAGO fue publicado por primera vez en Medellín, Colombia por la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, en abril de 2014.

La presente edición electrónica estuvo al cuidado del autor.

Y él, como la harina, se ensombreció.

Gilgamesh.

Para Ana

BLANQUEA TU SANGRE

Mi esposa dice que debe seguirlo llevando al pecho. Teme por él si corta el hilo de sangre. El pequeño ha estado muchas noches en vilo. Ahora intenta remontar el camino. Dame tu aliento, tu pecho son mis labios. No me prives de ti, blanquea tu sangre.

DESVELO

El niño despierta y se pone a gritar. Intentamos entender ese grito. Acaso ya abría los ojos en el vientre y oía el viento. Por lo pronto busca volver a esa noche sin sueños. Duerme y confía, nada sabe de miedo ni de asedio. Se entrega, mientras esperamos emita un signo de gratitud por tanto amor en vela.

PENUMBRA

Con qué dios esperamos a nuestro hijo. Y aún así nuestra ansia resiste. Esa luz, esos silencios, esas palpitaciones. Navegamos en la multiplicación. Pero si dios está entre nosotros. Su mano es nuestra sombra. Y ahora Santiago duerme en el pecho de Ana. Los amados del señor, juntos en el círculo del corazón. Él duerme y ella cierra los ojos. Ana lo sabe porque también esperó. Están juntos mientras la madre reposa. Y se dejan cubrir por la penumbra, esa a la que de seguro él volverá para dulcificar sus días y años. Ana será su claridad, su cauce, su orilla.

PADRE ÁRBOL

El padre se ha vuelto árbol. Hunde su raíz en el amor y allí se sostiene. Su cabeza corona la copa clemente, el follaje del cuidador. Árbol frondoso, prevé desde ya las fierezas, aplaza los ruidos del porvenir. El padre sonríe y promete, en las vastedad de sus ramas, protección y cuidados en las horas inciertas.

ALGUIEN

Dónde estoy en esta trama de palabras y de venas. Me ha conmovido el nacimiento, me recuerda la aurora y los animales. Dónde, ahora que el bebé ha puesto a pastar mis palabras. En qué cruce de latidos, longitud de mi vida ya vieja. El niño me deslumbra con mi propia niñez. Es verdad que aún no lo he visto. A lo mejor ha oído mi nombre. Y me ha preguntado dónde estoy. Igualador de las edades, el pequeño sostiene su lámpara. Y anuncia que a pesar de mi fecha queda tiempo y que no importa quién soy, en una hora dormida en los huesos.

UN LUGAR

Un buen día te reconoce. Te palpa en la simpleza de rasgos. Como si hubiera estado allí y se hubiera retenido para aplazarte. Ese momento te abarcará. Un nudo, el hilo que ahora tejen juntos. Estás a su lado. Y él, más sabio, cuidará en adelante el lugar, cada día se rozará contigo y alargará la brevedad del encuentro.

EL TIEMPO

Santiago dividirá en muchas partes el tiempo. Cada quién recibirá su porción, también los padres y los padres de los padres. Habrá quienes decidirán no envejecer. Niños eternos para el pequeño hacedor que derrumba castillos. En esa multitud podrán verse de nuevo. Y no se reconocerán, como si por primera vez se encontrasen. Sentirán la dicha que estruja el corazón, la duración que en la mirada de Santiago es un fuego.

EL GESTO

Qué puede decir el poeta que ellos no hayan dicho. Los esposos hablaron, compartieron su aliento para cubrir el amor. Se atrevió, cada uno, a pasar su umbral. De ese instante queda el trazo de una pequeña boca. Para sellar, ocultar para siempre la pasión y la pena. Bajaron la escalera y vieron la sombra de dios. Traía en sus manos al niño y lo puso en el vientre. Y los abandonó a la gravedad de un nuevo comienzo. Quedaron estremecidos con ese gesto. Y fue creciendo entre ellos el abismo del hijo. ¿Qué puede decir el poeta que no hayan sabido ya los padres?.

TAMBIÉN LOS MUERTOS

A qué se debe este regocijo de palabras. Alborozo entre mis dedos en mi cuaderno. De dónde esta alegría casi santa. El niño está entre nosotros. Ya no hay nada que pueda apartarlo. Palabras que parecen regodearse. Se juntan y revolotean. Acaso se deba a que el niño trae consigo los ausentes. Santiago nos dice que es mentira la muerte. Nos los presenta de nuevo por sus nombres, Margarita y Carlos y Marta.

DESPERTARES

El cuarto está a oscuras, la madre duerme. El niño es tan sencillo, no hay sombra que cruce sus párpados. De pronto interrumpe la oscuridad. Qué flecha lanza desde su voz. Es un sonido dulce, una diminuta saeta. La madre acompaña esa vibración con oído discreto. El niño duerme otra vez, entra en la noche de su satisfacción sin ansia ni miedo.

LAS PALABRAS

Ahora nos pondremos a esperar las palabras. Casi le rogaremos. Que diga algo, una sílaba que nos permita soñar que existimos. Y de pronto, ante el recién nacido, es como si ellas no respondiesen. Pero queda su marca y nos ponemos a seguirlas, tímidos sonidos niños en nuestras bocas. Y repetimos su nombre como si se enlazasen los vientos. Nos mira con perplejidad, celebra nuestros gestos. Nos inquieta tanta mudez y a la vez nos alegra la promesa de tantas voces juntas.

Te dije que compartía el trabajo y el libro pero éste terminó invadiendo mi tiempo, escribo en mi cuaderno y luego dígito. Te lo comparto de inmediato como si se fuera a borrar, esta escritura impetuosa, esta necesidad de conocimiento. Me dijiste que a lo mejor era también el niño mío, el que uno lleva sin saber nada de él, el que vive su noche arriesgada y ajena. No sé si sea así para mí, la escritura no es un espejo, he pensado más bien que uno se ausenta al escribir y que, de pronto, esas cosas que pasan se vienen sobre uno y recuerdan lo que no se vivió, algo así como la nostalgia de algo imposible. He estado fascinado con el nacimiento de tu nieto, toda mi vida, mis vivencias, la sombra de esta edad que parece caer sobre mí sin desvelo, todo se ha abierto, extraña y perpleja flor de la vejez que no sé dónde lleve. Santiago no es un motivo, es el hijo de amores tan cercanos que da brega decirlos, a lo mejor los muertos que vienen con el recién nacido, se muestran breves y de nuevo se opacan.

LOS BRAZOS LEVANTADOS

No es una instintiva pasión de altura del bebé. Los brazos no ordenan. No son tampoco signos de altivez. Aprenderán pronto a curvarse. Entonces se recogerán en la confianza o en el miedo. Por lo pronto se yerguen, flotan, se aquietan. Podría ser que murmuren, estoy solo y la vida es este llamar. Entre tanto las manos se cierran presintiendo el poco de plenitud que aún las retiene.

TU VOZ

Acaricio tu voz. Hermana madre de la madre. Te oigo en sueños y te llamo. Entro en tu voz con el pensamiento. Veo más allá de la luz los nombres amados. No soy capaz de imaginarme en ti la muerte. En mi aflicción, con tu voz, resucitaste mis ausentes. Toco tu voz y me hallo y me sereno. La música de tu voz ahuyenta el miedo. Entro en tu voz y los instantes juegan en el patio. Y me sosiego y no pienso en los pesares.

Para Ana

NO HE NACIDO

Mirando al niño entiendo que no he nacido. Esa es mi inquietud, mi durable pesar. Dónde está esa centella en la hierba. El grano de mostaza que aclare la sangre. Las palabras son todavía más oscuras. Abisman al no nacido, el que vaga en el bosque de los olvidados.

QUIÉN ERES

Pequeño hombre con forma de niño. Brizna recogida por la segadora. De dónde. Por qué no dices, al otro lado de qué se abre tu ansia. De qué ribera, en qué paraje angosto. Pareces venir del hombre y aún así reflejas el rayo. En qué mesa de muertos se habla lo que más nos importa. Aquella otra noche, el paso más allá. Y las manos que se unen para salvar a los nacidos de la muerte.

RESPIRACIÓN

Ignoramos respirar. Oscurecemos un día aire en las palabras. Y no sabremos ya aclarar nuestro aliento. Cómo llenar en adelante el pulmón diminuto. Y aspirar y expirar y no lamentarse. El aire entra en nosotros como en el niño, antes del hueso y de la sangre. Semilla pura. Inspiración que todo lo anima y nos deja sosegar nuestro pecho.

LOS AMANTES

Casi no puedo mirarte. Éramos dos y no había aún presentimiento. Ahora no me atrevo a alzar los ojos. Te encuentro y te pierdo. Me distraigo detrás de ti. No conocía la soledad. Ahora tanteo y no hallo tus dedos. No tengas miedo. El amor oscurece. El niño nos llama. No te alejes. Soporta y aguarda. No me dejes en esta inmensidad. La carne calla y quema.

Puedo llegar al libro de Santiago en este momento, después de una ardua faena. Una inquietud está siempre que se habita el poema. Hay que cuidarlo, no dejar que se oscurezca como un pastor de palabras muy sabias, que a la vez son frágiles y pueden quebrarse. Como puedes ver, el libro se ahonda, medita, se detiene. Da un paso en la espesura y se hunde.

DESNUDEZ

La madre acaba de lavarle. Nos asusta su brillo y nos recuerda lo frágiles que somos. Nos cubre apenas con el único amor. Las palabras se clavan. El despojador deshoja a sus hermanos. Qué desnudos parecemos. El frío es más crudo que la muerte. Y nada nos arropa y gritamos y pedimos y estamos más desnudos. Con una soledad que curva los huesos.

CAMINOS

Pequeño nacimiento es el nacer. Los caminos salen al encuentro. Presiente el recién nacido con un llanto que aún no duele ni afana. No sabe dónde va. Sombras se aprietan en los ojos y buscan su rumbo. Tantea por un único camino. El punto de partida y más atrás. Donde su huella tiembla.

Me desperté sin sosiego y esperando. Que el poema se asomara. También se muestra en su aridez, esquivo, inquieto él también, como si no bastasen palabras. Hallo las fotos, la familia, la casa de los abuelos. La madre experta, precisa y atenta. El tío sorprendido y alegre. Y tus ojos, dándome a ver eso. El recién nacido, el niño sabio y sosegado. El que duerme siguiendo la sangre.

EL UMBRAL

El niño no abre aún los ojos. Ni los latidos de la madre le hicieron despertar. Ahora entre nosotros roza otra vez su impulso ciego. Es el umbral que no se traspasa. La puerta que se mantiene junta. Está tan cerca y a la vez apartado, esa ruta para nosotros no tiene regreso.

LA FOTO FAMILIAR

Están quietos. La foto fija la alegría discreta. Es mediodía. La casa se adensa. Y querría decir, dibujar los semblantes. Pero temo caer. Están y eso basta. Hay regocijo por la visita del niño. Se lo contempla, la luz va hacia él y todos la guardan. Las miradas se apiadan del paso del tiempo. Tristeza de las fotos, reflejo de la hora insondable.

A veces, como hoy, llego al Libro de Santiago sin dificultad. Como si retomara un hilo y hallo las palabras y las voy juntando. Y llegan rumores, imágenes, algún sentimiento. Me confío, me entrego a ellas, las respeto y las acerco a la nueva vida. Es como oír dentro de ellas su propio silencio. La palabra y su sombra, lo que traen y vuelven a llevar dejando en mí la sensación del encuentro. Escribir es un misterio, eso no dice casi nada, es como levantar una piedra y mirar.

LOS GUARDIANES

Hacemos un círculo para evitar el dolor. Los viejos dicen, no hay nadie que no sepa. Y celebran sus pausas. En el vientre la madre lo ocultó y lo fue apaciguando. Por eso no nos sorprende tanto asedio. Y aunque sintamos que es más fuerte, terminamos abriéndonos. Acaso no habla un idioma extranjero. Crece en nuestras palabras y el niño lo endulza con su lengua clemente.

Todos estos días con el poema, en una concentración completa, dado que todo me habla, evito que todo se vuelva palabra, no cualquier cosa puede entrar, es lo más difícil, dejar solo lo justo. De todos modos hay una dicha, una sensación de expansión, pero vigilo, no me dejo arrastrar, cada vez el espacio es más estrecho. Mi poesía vivía por este tiempo en la abreviatura y de pronto esta grieta por la que un mundo empieza y me ensancha.

EL ESPACIO

Ana celebra la entrada de la madre en el espacio. Luz adormecida en el infante, su alrededor, su límite. Hay sitio apenas pero la madre lo colma. El niño no esperó nunca otra cosa. Fue creciendo y cada día era justo, el pequeño recinto con paredes elásticas. Ahora parece dibujarse una línea. La madre se sienta en un espacio en que no reina. Tiene al bebé en los brazos y el círculo se ensancha y vemos crecer un adentro y un afuera. Lugares que el niño estrechará, que ampliará con su brazos. Trípode de salto para las primeras palabras. Algo hay de fiereza en ese gesto, la madre se extiende. Cabe aún en una inmensidad a punto de cerrarse.

Para LGV

Estuve en el campo, silencio abierto y con nubes, hubo sol para algunas horas, y el poema ahí, dispuesto, paciente, callado.

LOS PERDIDOS

Tal vez por temerarios. Fingimos conocer la hora y el donde. El nacido no estaba en nuestra esfera. Acaso sea una rama demasiado alta. Pende de ella y tememos que algo lo arranque. Lo amamos con el miedo. Quisiéramos protegerlo. Pero nada sabemos. Giramos ciegos ante nuestro propio nacimiento. Quedamos suspendidos en otra rama y no hallamos lugar en ninguna parte.

LOS PASADOS

No tiene por qué decir que tenía algo que hacer, una mano que ordenara por donde moverse. Podría creer que todo en él era ímpetu. Guardar a solas su pequeño equilibrio. No tendría por qué temer el cansancio. Imaginaría que baja raudo, que sube a contracorriente. No habría paraje inhóspito ni breña. Solo el espacio sereno y más allá las aguas bienhechoras. Debería existir un viento que lo alejara del destino. Empezaría y sería su obrar vivir de sí y no apuntar a nada. Al menos ahora, en un momento en que se ve en su yacer, se puede rozar el precioso cauce, el niño perfecto y solitario.

ERA OTRO

Era ya otro. Los que nacen lo llevan a un lugar que nunca se toca. Entonces escuchamos su respirar. Y celebramos felices con todo el cuerpo. Otro en nosotros y la mañana ocupada en desentrañarnos. Podríamos morir de esa dicha. Desprendernos para caer en nuestra segunda eternidad.

HABRÁ ALGUIEN

Puede volverse un peso. Y estás tú, seguro y a la vez impaciente. Ante esa montaña de oscuridad. Boredearás tus horas. Buscarás en los nombres en las paredes. Nadie responderá. Piensan que eres un ladrón. Insistirás. Anotarás tu firma y tus señas. Preguntarás por hombres y cosas. Hasta llegar a la orilla de algún mar.

CONTAREMOS DÍAS

Alguien entre nosotros lleva el cuaderno. Alguien nos enseña a respirar y amansa las penas. El recién llegado por el que encendemos nuestros rincones. Sin decir estoy aquí. Más bien en silencio, menudos pasos en nuestras alfombras. Delicadeza suma del consuelo antes del hombre. El mitigador de horas y días y tiempo.

HERMANAS DE LECHE

Cuándo vendrán a endulzar entre nosotros sus penas. Acá donde no hay nada que dar. Estamos con ustedes, hermanas de leche, muchachas que llegan al dolor por una sola puerta. Las más frágiles, las que acaso ni sobrevivan. Si bien no sabemos sus nombres, su aliento pasa de corazón a corazón. Y si no llegan a ser madres, sus palabras calman la sed en labios más blancos.

A Trudy Spira, Sobreviviente de Autsitch

TODO EL DÍA NUBES

Blancuras bondadosas esponjan el cielo. Han de alegrar acaso nuestros caminos. Anuncian y se llevan al hombre y al hermano del hombre. Entregan, a pesar de los pesares, la promesa de una ruta más amplia. Mientras, las hermanas divagan y el nacido dormita en la claridad. Nubes enamoradas de su propio dejar el día en la calma más cierta.

HERMANAS

Hermanas que solo ven por los ojos de sus hermanos. Aún no salen de sus casas y ya siguen los pasos del hombre. Acaso saben dónde ir cuando acosen las fieras. Rápidas para girar el destino. Pobres hermanas castigadas por la furia de Adán. Hermanas deslumbradas por la crueldad y dispuestas a escribir en la sangre.

EL POETA Y EL ÁRBOL

Pensamientos que son dedos. Pasan la página del existir sin tocarme. Eso pienso, con una serenidad inusual. Y parecen irse ahora las amenazas. El árbol quiere decirme algo. Hay pájaros en los dinteles. Y pido. Quiero seguir aquí fiel al tiempo que amanso. Imaginar al niño que aún no comprendo.

ESCRIBIR

Debería escribir sin afán ni molestia. Brotará de mis dedos. Y si puedo estar listo no tendré ya aficción. He estado pensando en la vejez. Y de pronto ya está. No hay timidez ni vanos lamentos. Entra y me habita y el día no cansa.

EL AMIGO

Acaso quiere y pide cuando nada le falta. Solo le duele el joven que se acercó con preguntas. Ahora no sabe lo que es amistad. Como si de esa maduración no fuera a gozar. Se ha preparado acaso para lo simple. Ha estado tan ocupado que las cosas ya no le hablan. Llama al amigo con el corazón. El silencio agrega distancia y la sencillez se vuelve su única puerta.

Para JC

EL CAMPO

Volvieron a entrar en mi vida las estrellas. Tocó mi tiempo esta pradera y este árbol. Y los caminos de nuevo se acercaron. Volví al campo y no siento aprehensión o discordia. A diferencia de mi madre, entro en la noche y todo es comunión.

NO SÉ DÓNDE

Lo guardo hace tiempo. Pero no sé su rostro ni he tocado sus manos. Por qué se esconde como si aún no existiera. Pero me dice sigue mis pasos. Permanece atento y quédate ahí. Si hay algo es él, si alguien me llama por mi nombre debe ser él. Me deja solo en el umbral. Para que pregunte al que acaso lo sabe.

AMOR

Amor, es pura fantasía. Aún las quimeras con que arrullan los astros. Y heme aquí sin poder decidir. Como si no madurara el tiempo en promesas. Con base en nostalgias no se avanza. Menos aún en sueños. Pero si todo dispusiera. La mano lo que acerca. O la respiración el aire pausado. Pero no puede ser ni se irritan menos los que saben. Amor, ingrata compañía. Llevan lo mismo los hijos a los padres. Y el que ama, confunde. Sin saber si revelar lo inhabitable. Y si fuera por dioses. La escala del hombre no llega lejos. Y no saben, ciegos, asistirnos.

A LA LUZ DOY LA ESPALDA

Quisiera terminar. Encerrarme en el cuaderno. Pensarlo y darle vueltas. Aceptar que ya dije lo que era. Y si algo dudo. Y si el miedo es más grande. Reconocer que no es de mí de quien depende. Es vasto el hombre y mísero y vano.

LA NOCHE

Raudo es el tiempo cuando anochece. El hombre se desvive y no sabrá recibir lo que le toca. Ya nada espera. Su voz es un suspiro. Si se distrae es como si todo se le fuera. Al reclamar recibe la noche como techo. Oye batir las ramas. La oscuridad aviva el quebranto.

DESCONOCERNOS

Que sea solo mirarte. No dejar que se teja ningún lazo. Ni al oír que me llamas, suponerte. Librarte en la mirada. No ser medida el uno para el otro. Siempre. Siempre. Y así olvidar y no tener que limitarnos. Desconocernos en la lívida senda.

Hay varios fragmentos que no te he compartido, son quizás los de más exigencia, los guardo con un cierto pudor, tengo que volver a ellos. Al que escribe algo esencial se le hurta, en un momento, ese punto de inmensa oscuridad; en este caso no sé bien dónde está, ni siquiera conozco la motivación, lo que sabemos, lo que tú sabes por haberme acompañado estas semanas, la necesidad, decir esto, las palabras se tensan, el arco las suelta en un aire inmenso.

Hoy amanecí triste, estuve hablando de mi libro con Á, le dije de dónde venía, ahora me siento desamparado, escribir no es un consuelo, lo que sigue es incierto, ondula su curso, respira entre nosotros el recién nacido.

REGRESO

Por un momento el niño regresa con la madre. En ese punto el silencio se aparta. Cerca de ellos no se forma penumbra. Y ya no es su ojo un vago mirar. Ocupan un lugar que no se borra. La única doble cara encendida.

RANURA

Un pequeño zigzag, una ranura en una taza. He pensado que saben dónde van. Nada les falta. Su día no conoce el cansancio. Recuerdan qué oscuro y claro es todo. Infatigable resulta su andar entre lo grande y lo pequeño.

SEÑAL

Puede ser una brisa, la más dulce mano que el aire regala. Pero es ya ella. Y no he de ser yo quien diga que allí no se vuelve. La pequeña sonrisa. No puede haber nada que pueda alterarla. Será para el porvenir el agua que nos baña en un solo gesto.

Siento que se está cerrando, no soy yo, no quiero interrumpir, el poema se aparta, los últimos fragmentos, podría seguir escribiendo, no detenerme por meses, pero cómo asegurarme que no repito, que no me obligo o le rebajo a explicar, ahora viene lo más arduo, volver al cuaderno, a lo mejor y deba dejarlo por un tiempo, que se aquiete, que vaya él mismo torciendo su rumbo, un poema es indefinible, este es un grupo de pequeños fragmentos, imágenes y pensamiento, a la vez es mi voz, su fragilidad, la seriedad de una vida y su pequeña luz, todo y casi nada y uno ahí sin saber lo que viene.

LO QUE QUEDA

Acaso no sea aún el final. Apenas un cuaderno dedicado al niño. Y a la vez, un suspiro, el paso de un momento a otro. Como si escribir aplazara un encuentro. Allí donde no volvemos a estar. Deseo felicidad a ese niño. Y vuelvo a sentir que es nada lo que llevo. Arranco al afán mis palabras. Y mi destino arrastrado por el viento de no saberlo.

TAL VEZ

Quise pasar de nuevo y tan solo fue eso. Alargar un espacio que ya he tocado. Abrir los ojos y no deshacerme en preguntas. Sentarme frente al bosque. Con la fuerza suficiente para ir al cuaderno. Sentir e ir viendo. Entregarme sin aceptar el acoso. Deshacer la inquietud. No tener ya palabras. Hasta que la gratitud de otro día me aleje de mí ir implorando.

Escribir ante unos ojos, es lo que nos ha pasado y ahora siento inquietud por alejarte de tu hija y de tu nieto. Un punto de encuentro ha de ser escribir. No sé si se pueda, está también la soledad, lo imposible de compartir, la escritura es una puerta cerrada. Pero las palabras son llamados y esperan respuesta. Me has hablado, me has dicho la plenitud que el nacimiento te da. Eso me ha impulsado a vencer el pudor. Podría decir que la poesía es mi vida. Manos que no se cansan, que buscan las palabras como piedras oscuras. Y las guardan donde el corazón no renuncia.

AL QUE ESCRIBE

La aflicción es una angosta provincia. Acaso en ese punto empiece de nuevo. Nunca había estado tan cerca. Tuvo que nacer el esperado. Para que alguien dijera. Cuán entero le resulta su propio comienzo. Siente vergüenza y a la inquietud agrega este signo. Como si cada uno estuviera sumido en sus propias tareas. Levanta al aire su única voz. Y pide que si vuelve le reconozcan.

La foto es hermosa, parece un pensador recogido en sus propias ideas. Se envuelve en su pequeña cabeza y se deja acunar. Y estás tú regalando esa luz. Lo de las fotos ha sido un gesto precioso, retenerlos sin forzar nada, con suma delicadeza. Acogerlos en capullo, en el destello de ambos, en su mutua inmensidad. La madre y el hijo ahora juntos.

JUNTOS

Yacen ahora juntos. El niño parece protegerse. No quiere que el momento se vaya. Por lo pronto acerca su pequeña mano a la cabeza. Como si se concentrara para oír la dulce violencia. La cercanía de la madre. Su sangre que aún reconoce. Y pide. Que esa intimidad no termine, que tanta luz no divida ni aparte. Está con ella y parece decir, no hagan ruido. La dicha es un instante y en él nos tenemos.

Desde temprano preparando mi clase para el oriente, dos pequeños fragmentos que acaso sean el punto final, uno no sabe, la poesía es un acto de fe, viene la lectura mía, la búsqueda de la palabra justa, el tono, el vestigio del alma, temo que las palabras se cierren, uno queda fuera, pero eso no quita la gratitud, haber oído, compartir, hablarse, la vida alcanza para decir y eso es mucho, mi lazo con las palabras es ahora más fuerte, si bien entro en edades más exigentes, está también la sencillez, el aire que las palabras regalan.

EL POETA

Estoy a punto de salir y no te conozco. Acaso no verás nunca mi rostro. Voy por mi rumbo y trato de dar pasos pequeños. Mi camino se estrecha. Mi luz vacila. Estoy tan asustado que no puedo callarme. Entre tanto me llaman mi edad y mi noche. Anoto instantes. Aunque yo no lo sepa nuestros tiempos se hablan. En el ensanchamiento, tú. Yo en la breve corriente. Quién podrá decirte más de lo que escribí. Las palabras apremian. Acaso no alcance a oír cuando digas mi nombre.

Para esta edición digital de
EL LIBRO DE SANTIAGO
se utilizaron tipos Baskerville, diseñados en
Inglaterra por John Baskerville en los 1750 y
utilizados por primera vez en su edición de las
obras de Virgilio, en 1757.

